

# LIBROS

64

LETRAS LIBRES  
JUNIO 2016

**Gabriel Zaid**

• CRONOLOGÍA DEL PROGRESO

**Mariana Enriquez**

• LAS COSAS QUE PERDIMOS  
EN EL FUEGO

**Patrick Iber**

• NEITHER PEACE NOR FREEDOM

**Tanya Huntington**

• MARTÍN LUIS GÚZMÁN: ENTRE EL  
ÁGUILA Y LA SERPIENTE

**Amélie Notbomb**

• PÉTRONILLE

**Héctor Aguilar Camín**

• TODA LA VIDA



ENSAYO

## La lista como poesía



**Gabriel Zaid**  
**CRONOLOGÍA  
DEL PROGRESO**  
Ciudad de México,  
Debate, 2016, 208 pp.

**JULIO HUBARD**

Prometeo responde a los dioses: “convertí a los hombres, de niños tiernos, en seres racionales. Veían sin ver, oían sin oír. Todo les ocurría por azar y lo ignoraban todo. Yo les descubrí los astros, los números, la ley, la escritura y la memoria”. Pero la *hybris* de un dios es caso anómalo. La historia se tardó mucho en volverse prometeica. El mundo cambiaba, pero la idea de progreso era ajena a las culturas tradicionales. El “hombre nuevo” de san Pablo pasa de un estado a otro de golpe, súbitamente, no de modo gradual. Y todavía santo Tomás se enojaba con los monjes espirituales porque operaban una idea confusa: Dios y el acceso al

paraíso están ahí siempre, eternos, pero si se añade la idea del tiempo y la progresión, el hombre queda obligado a convertirse en constructor del mundo, cuando todos saben que es de Dios. De pronto, el progreso se instaló como si fuera un dato evidente y como si lo hubiera sido siempre, al grado de que se trata ya no de una idea sino el modo mismo de pensar al hombre, al mundo y a la historia. Hay un culpable: la fe en la historia como progreso empezó con Joaquín de Fiore, dice Gabriel Zaid.

El progreso es el mito de la esperanza y la desesperación de los humanos, a la vez redimidos y condenados por la responsabilidad sobre algo que supera por mucho sus fuerzas. Pero el progreso también es descripción: un tractor puede más que una yunta de bueyes, que a su vez puede más que un hombre con un arado de palos, un Estado es preferible al caos, la ley es progreso respecto de la violencia. Las descripciones mismas suelen verse como progreso (del *lógos*) sobre el pensamiento mágico (el mito). Y la ciencia tiene su propia mitología. Solo que no la ve, pero pasa por la física como misterio: si toda energía se degrada, ¿por qué surgen órdenes nuevos, esas formas que Schrödinger llamó “entropía negativa”? No se sabe, pero de reordenar la entropía obtenemos progreso. Desafía a los dioses y a la física que surja el pulgar oponible, el intercambio de regalos, la invención del año, el aforismo, las guarderías, la bicicleta, la *Noche transfigurada* de Schönberg, el trasplante de bóveda craneana y, encima, la estrambótica capacidad de transformar ruidos corporales y gestos en signos y acuerdos. Pero la cosa no queda ahí. Zaid afirma que el progreso reordena la moral y que “progresas tanto que rebasa la capacidad material”. Hace

eco de Baudelaire: la verdadera civilización está en “la disminución de las huellas del pecado original”. La naturaleza cambia, pero no progresa. Un ser natural, la especie humana, inventó que se puede ser mejor que la propia naturaleza. Y para eso vive el ser humano.

*Cronología del progreso* es un libro muy breve: doce ensayos y una cronología; si se toman en cuenta los índices, poco más de doscientas páginas. Es retorno a temas constantes, pero es al mismo tiempo su reverso. Es decir: se trata también de una crítica, pero el tono, la composición, la estructura de este libro forman algo nuevo. Digamos que se trata de una antropodicea: una argumentación que justifica la existencia humana en tanto bien: “Progreso es toda innovación favorable a la vida humana” es la definición primaria. Y articula otras tres: “cambio, tiempo y mejor”. Y tiene dos aspectos: “gradualidad y rumbo”. Este plectro imaginario nos parece hoy lo más natural del mundo: así se piensa, así se dan la vida y la historia. Pero es pura fe.

El libro está tomado por una indeclinable intuición, como clave que afina toda la partitura: que el progreso transforma la naturaleza humana en algo que no es naturaleza. Progreso no solo son las cosas que hacemos sino lo que suponemos ser. ¿Existe un progreso moral? ¿Cómo negarlo? Y no es que Zaid suponga que somos cada vez mejores. Es que nos las arreglamos para irnos prohibiendo la crueldad, el abuso, las injusticias... con procrastinación desesperante, con retrocesos también, pero de modo insistente y constante.

Zaid cree —y ofrece razones para creer— que el progreso terminará con la pobreza, el hambre, la guerra (todas, cosas que se pueden remediar ya, de hecho, por razones

materiales) y hasta halla verosímil un gobierno global... Pero no lo explica y quizá no haga falta: tendría que tratarse de un gobierno que controlara la violencia, no la actividad política ni las conciencias, o que hiciera algo más que globalizar las clases políticas en su estado actual. Tendría que ser una antítesis del Big Brother y de los totalitarismos, porque, de otro modo, habría sido mencionado en otro registro, el que se usa en *El progreso improductivo*, donde originalmente conocimos como querellas varias ideas económicas y políticas que Zaid comenzó a defender solitariamente en los años setenta y que se han vuelto parte de la sensatez común. Muchos aspectos que fueron debate en *El progreso improductivo*, en esta *Cronología del progreso* reviven en forma de conversación y admiraciones. Aquel me parece un libro fundamental. Este me gusta más: es pensamiento sonriente y sorprendido, alegre y ágil. Igual de crítico, pero en distinto tono y mayor rango.

Zaid ha dicho que la inteligencia no es algo privativo de uno solo; es algo en lo que uno participa. La humanidad mete patas, corta cabezas, incendia su casa y logra hacer escasos los bienes que abundan. La ignorancia, la estupidez, el error nos amenazan desde adentro y nos acosan desde el mundo, y la crítica tiene la función de mantener a raya las tenazas y agujijones de los acólitos del progreso. No tiene nada de raro que los intelectuales, filósofos o científicos miren las cosas con la actitud que acompaña a la postura de saber, la de aquel que no se deja sorprender, porque la sorpresa es cosa de quien ve por primera vez, es decir, de ignorantes y de niños, que no saben. Pero Zaid no escribió un libro de las cosas que sabe sino sobre las que va hallando.

No recuerdo dónde dijo Borges que el poema más bello tendría que ser una lista. De un tiempo para acá, Zaid ha sido parco con sus versos, pero no con la poesía. La cronología —una secuencia de momentos y un ejercicio de admiración de las cosas notables en el mundo, que no son hechas por el mundo— parece una obra poética: la creación, la invención, los descubrimientos, la buena suerte se van alternando como voces y, en determinados compases, vuelve la marca de la población mundial como bajo continuo: un puñado de monos desnudos, luego son dos millones, veinticinco millones, mil millones y hasta los siete mil millones de hoy. La sola cantidad haría pensar en bacterias: somos una infección en el globo. Pero la reproducción de esta especie excreta artes y ciencias, tecnologías y creencias de todo tipo y le urge controlar y alentar la tentación de ser eterna.

Todo ensayo es digresivo. Pero es rara una digresión que abrevie y precise. Como lector de Zaid, no me explico cómo resistió las ganas de alargarse en las minucias. Me resulta notable el equilibrio entre la tentación del microscopismo y la del cosmonauta. Su principal reto no es la *Weltanschauung* sino el entusiasmo: la disciplina para no dejarse ir con su entusiasmo. Quiso un libro sin hilos sueltos, rebabas ni sobrantes. Y que viajara desde el temor al rayo y la domesticación de la lumbre hasta el miedo al estallido nuclear y la domesticación de la informática. Y lo más importante: el libro no pide la admiración para el autor sino para lo que el autor admira: la necia renovación con que los humanos inventan el mundo y el bien. —

**JULIO HUBARD** (Ciudad de México, 1962) es poeta y ensayista. *Hacéldama* (Conaculta, 2009) es su libro más reciente.

CUENTO

## Espectros de realidad



**Mariana Enriquez**  
**LAS COSAS QUE PERDIMOS EN EL FUEGO**  
Barcelona, Anagrama, 2016, 200 pp.

### ANA LLURBA

El cadáver sin cabeza de un niño en un descampado obsesiona en un sugestivo juego de espejos y coincidencias a una joven que vive sola en el peligroso barrio porteño de Constitución. Un centro de tortura y detención clandestino rehabilitado como hostería en una localidad turística de La Rioja aloja una frustrada venganza juvenil que desentierra ecos de un pasado político inquietante. La infame década

de los noventa contada a través de las anécdotas de tres adolescentes góticas que, atormentadas con el sexo, las drogas y la muerte, firman un pacto sobrecogedor. Una casa abandonada en el gris barrio de Lanús acuna los miedos de la infancia de tres amigos y se convertirá en el escenario siniestro de un suceso inexplicable. Un padre primerizo que trabaja de guía turístico en la ciudad de Buenos Aires es absorbido por el historial policial de un asesino en serie de niños. En medio de un viaje familiar, una serie de desapariciones sin explicación se suceden en el tórrido clima tropical de Asunción del Paraguay. Adolescentes que se autolesionan alarman a sus compañeros de escuela, profesores y padres mientras se comunican con seres que solo ellas ven en la oscuridad. La sugestiva relación de una mujer con una calavera dinamita sus frágiles vínculos con el mundo exterior. Una mujer se muda a un nuevo barrio y mientras evade la depresión y el aburrimiento espionando en el patio de su vecino desvela un secreto terrible. El Riachuelo (el canal urbano más contaminado del mundo) esconde un misterio que engullirá a una fiscal más allá de lo que su sólida experiencia profesional y capacidad racional le admiten reconocer. Los comienzos de internet y el crepúsculo de la comunicación interpersonal detonan la preocupación de una madre y una exnovia ante los hábitos perturbadores de un joven que casi no sale de su habitación. Una serie de casos de violencia de género alienan un curioso ritual que se contagia con extraordinaria velocidad entre la población femenina de un país.

Los ecos del pasado reciente, como la represión durante la dictadura militar, la guerra de las

Malvinas, la volátil economía, los tambaleantes regímenes políticos y esa intensa realidad social que caracteriza la vida cotidiana de Argentina de las cuatro últimas décadas aparecen enredados con latigazos de terror gótico que inducen escalofríos en la nuca del lector. Como una imperceptible brisa que mueve la cortina de una ventana en una habitación cerrada, estos fascinantes relatos de Mariana Enriquez (Buenos Aires, 1973) aparecen engarzados con esa construcción mediática que llamamos “la actualidad” con gran capacidad de sugestión. Y eso provoca que el terror anide en lo cotidiano con gran sutileza y eficacia narrativa.

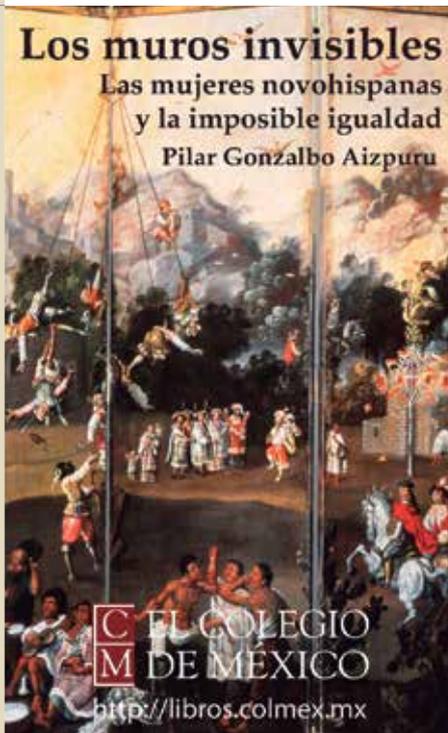
Así es como, junto con las ejemplificadoras venganzas de los narcos, el flagelo de la drogadicción, la pobreza extrema, la desnutrición, la trata de blancas, la corrupción policíaca, la angustia y la alienación urbanita conviven con lo extraño y lo fantástico en un mundo de ficción no tan diferente al nuestro. Así sucede con el relato que da nombre a este libro, y que elabora una retorcida apropiación de una de las formas más escalofriantes de violencia de género: los ataques con ácido. “Todo era distinto desde las hogueras. Hacía apenas semanas, las primeras mujeres sobrevivientes habían empezado a mostrarse. A tomar taxis y subterráneos, a abrir cuentas de banco y disfrutar de un café en las veredas de los bares con las horribles caras iluminadas por el sol de la tarde, con los dedos, a veces sin falanges, sosteniendo la taza. ¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruas?”

Sus historias suelen estar protagonizadas por mujeres jóvenes o chicas adolescentes, en momentos de algún tipo de transición,

LIBROS

66

LETRAS LIBRES  
JUNIO 2016



que suelen ser ligeramente sociópatas, atormentadas por una volátil e imprevisible misantropía. “No podía durar mucho, decían mis padres, no puede ser cierto que un peso argentino tenga el mismo valor que un dólar, pero estábamos tan hartas de lo que decían ellos, mis padres, los otros padres, siempre anunciando el fin, la catástrofe, la vuelta de los cortes de luz, todos los males patéticos. Ahora ya no lloraban por la inflación: lloraban porque no tenían trabajo. Lloraban como si no tuvieran la culpa de nada. Nosotras odiábamos a la gente inocente”, se lee en “Los años intoxicados”. Al igual que *Carrie* de Stephen King o la inolvidable Merricat Blackwood de *Siempre hemos vivido en el castillo* de Shirley Jackson, el catálogo de jóvenes sociópatas que anidan en la oscuridad überrealista de Enriquez devela una alianza de las víctimas con lo siniestro como respuesta a la alarmante violencia enquistada contra las mujeres.

Así es como los tópicos de la tradición del gótico clásico (la mansión encantada en “La casa de Adela” o el golem en “El patio del vecino”) aparecen enhebrados con la crónica policiaca y el realismo sucio en un atractivo juego de géneros. Mariana Enriquez cuenta con una amplia experiencia como periodista cultural (es subeditora del suplemento cultural del periódico argentino *Página/12*) y además de ficción ha escrito las hipnóticas crónicas de *Alguien camina sobre tu tumba* (Editorial Galerna, 2014) sobre sus visitas a cementerios alrededor del mundo. Quizás en su profesión periodística reside esta capacidad para fusionar, de manera indistinguible, la agenda negra argentina y también latinoamericana, con los arquetipos del terror

urbano, esos espectros de la realidad que conviven entre nosotros. —

**ANA LLURBA** (Córdoba, Argentina, 1980) es escritora y editora. El año pasado publicó el poemario *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* (Ediciones de la Isla de Siltolá).



## HISTORIA

### Gramsci en Langley



**Patrick Iber**  
NEITHER PEACE NOR  
FREEDOM. THE  
CULTURAL COLD WAR  
IN LATIN AMERICA  
Cambridge, Harvard  
University Press, 2015,  
336 pp.

### RAFAEL ROJAS

Al choque intelectual de la Guerra Fría se han dedicado muchos estudios en las dos últimas décadas. La caída del Muro de Berlín y el colapso del bloque soviético produjeron visiones de aquella confrontación que oscilaban entre el triunfalismo liberal de François Furet en *El pasado de una ilusión* (1995) y la “reactivación” de Lenin que ya podía leerse en *El acoso de las fantasías* (1997), uno de los primeros libros de Slavoj Žižek. Después de *La CIA y la guerra fría cultural* (2001), de Frances Stonor Saunders, el último libro del historiador Patrick Iber es la más seria, documentada y flexible reconstrucción de la querrela ideológica entre democracia y comunismo, especialmente en América Latina, durante la segunda mitad del siglo xx.

A diferencia de Saunders, que siguiendo la tradición de la izquierda comunista centró su análisis en el financiamiento de la CIA a las publicaciones e instituciones liberales de Occidente, Iber se interesa además por la filantropía rival, agenciada por Moscú y que llegó a tener

una presencia más sólida de lo que se cree en el Tercer Mundo y especialmente en América Latina. Pero la apuesta analítica de Iber, sustentada en una exhaustiva exploración de fuentes primarias, busca complementar la trama financiera de las redes intelectuales de la Guerra Fría con un mayor discernimiento de las ideas en juego, sobre todo, dentro de la izquierda no comunista latinoamericana, de raíz nacionalista revolucionaria o populista, que jugó un papel protagónico en aquellas disputas.

Como eje de la narración, Iber toma el antagonismo de dos instituciones, el Consejo Mundial de la Paz y el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC). Ambas asociaciones surgieron a fines de los años cuarenta, cuando se quiebra la alianza antifascista: la primera, propiciada y financiada por la Unión Soviética y el campo socialista, y la segunda, por Estados Unidos, la CIA y varios gobiernos europeos y latinoamericanos. Las raíces de ambos movimientos intelectuales se encuentran en las redes estalinistas y antiestalinistas de los años treinta, del Comintern, el trotskismo o la IV Internacional, y de la reformulación paralela de la socialdemocracia y la democracia cristiana en Europa y América. La tesis de Iber favorece la interpretación de que la disputa intelectual de la Guerra Fría fue escenificada por distintas ramas de la izquierda más que por una tensión binaria entre derecha liberal e izquierda comunista.

El peso del catolicismo, el conservadurismo o el anticomunismo más reaccionarios, en la órbita del CLC, fue casi imperceptible. En América Latina, trotskistas como Victor Serge y Julián Gorkin, exiliados en México en la década de los cuarenta, académicos

o letrados liberales como Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Jorge Mañach, Jaime Benítez o Germán Arciniegas, o “socialistas democráticos” de los sesenta como Emir Rodríguez Monegal, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa o Jorge Edwards, ocuparon el centro de aquellas polémicas. Iber destaca la visibilidad que alcanzaron en la plataforma del CLC al gunos apristas eminentes como el peruano Luis Alberto Sánchez o, luego, una franja de la democracia cristiana identificada con las premisas del Concilio Vaticano II.

En América Latina, las antinomias doctrinales de la Guerra Fría se veían mediadas por las tradiciones ideológicas y el mapa político de la región. Eso producía, en muchos casos, una contradicción entre las prioridades de la CIA y los posicionamientos de la intelectualidad pública antitotalitaria. La reacción contra el golpe de Estado que derrocó el gobierno guatemalteco de Jacobo Árbenz, en 1954, fue un buen ejemplo. El golpe fue diseñado y organizado por la CIA y, sin embargo, el CLC y la alianza de nacionalistas revolucionarios, contra las dictaduras de Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Batista, Trujillo y

Somoza, conocida como Legión del Caribe, se solidarizaron con Árbenz y se opusieron firmemente al régimen de Castillo Armas. La revista *Humanismo*, fundada en México por el aprista peruano Mario Puga y dirigida entonces por el marxista antiestalinista cubano Raúl Roa, que recibió apoyo del CLC, condenó el golpe de la CIA y la derecha militar en Guatemala.

Lo mismo podría decirse de la experiencia de *Mundo Nuevo*, la revista fundada por Emir Rodríguez Monegal en París, en 1966, y que se convirtió en el órgano principal del boom de la nueva novela latinoamericana. La publicación fue financiada por el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, un desprendimiento del CLC, y por la Fundación Ford. Pero su línea editorial se inscribió, en buena medida, en el horizonte de la Nueva Izquierda: denunció las guerras de Vietnam, Laos y Camboya, se solidarizó con los movimientos de descolonización de Asia, África y América Latina, y se opuso a la política hostil de Estados Unidos hacia la Revolución cubana. *Libre*, una revista sucesora de *Mundo Nuevo*, también fundada en París, en la que colaboraron los mayores narradores del boom, respaldó el gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende en Chile y rechazó el golpe de Estado de Augusto Pinochet, aunque a la par denunció el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla y la represión de intelectuales disidentes en Cuba.

En el momento de mayor calentamiento de la Guerra Fría, en los años sesenta, estos desencuentros entre los dineros y las ideas de las filantropías enemigas llegaron a extremos paradójicos. Pablo Neruda, figura central del comunismo intelectual en América Latina, artífice del estalinista Congreso

Cultural Continental de Santiago de Chile en 1953, combatido por trotskistas y liberales, participó en una sonada reunión del Pen Club de Nueva York, en 1966, junto a Emir Rodríguez Monegal y Carlos Fuentes, en la que este último llamó a enterrar la Guerra Fría en la literatura. La colérica reacción del gobierno de Fidel Castro contra Neruda puso en evidencia que la Guerra Fría, en América Latina, había entrado en una fase de radicalización ideológica en la que no solo la socialdemocracia sino el propio comunismo prosoviético podían ser acusados de “cómplices” del imperialismo yanqui.

Esa fase, sin embargo, fue lo suficientemente breve como para que en 1971 la ideología del Estado cubano reafirmara su alineamiento con la URSS y englobara dentro del intolerable y reprimible “revisionismo de izquierda” las ideas de mayo del 68, el maoísmo, el estructuralismo, el marxismo social británico, la Escuela de Fráncfort e, incluso, el guevarismo. No es extraño que en esos mismos años, en que se sella el acoplamiento de Cuba al socialismo real, Ramón Mercader, el asesino de León Trotski, recibiera asilo en La Habana y que las instituciones y leyes del régimen cubano adoptaran algunos principios centrales de la constitución soviética de 1936, redactada por Stalin. También en La Habana de los años setenta se llegó a escuchar la acusación, descrita por Iber en su libro, del trotskismo como “operación intelectual” de la CIA.

Iber relata estos episodios con precisión y soltura, eludiendo la mentalidad maniquea que todavía rige las visiones de aquel conflicto en la izquierda autoritaria latinoamericana. En un reflejo bastante nítido del dilema Sartre-Camus en



Francia, muchos escritores latinoamericanos, entre las décadas de los cincuenta y ochenta del pasado siglo, comenzaron defendiendo un modelo de intelectual comprometido, leal a las instituciones del comunismo internacional, y terminaron cuestionando el legado estalinista, criticando los socialismos burocráticos de la Unión Soviética y Europa del Este y defendiendo el tránsito a la democracia en la región. Al final, aquel desplazamiento parecía suscribir la herencia no siempre reconocida de Antonio Gramsci, que había pensado el “intelectual orgánico” como un sujeto inmerso en una sociedad civil y una esfera pública concretas y no como el mero ventrílocuo de un partido o un gobierno.

Patrick Iber propone el concepto de “gramscianismo irónico” para reinterpretar las lealtades políticas del intelectual latinoamericano en la Guerra Fría. Entiendo la sugerencia como la admisión de que en ambos lados —si es que se puede hablar, únicamente, de dos lados— se verificó una mezcla de “coerción” y “consenso” o de intereses y valores. Pero también como un exhorto a repensar la acción política de los intelectuales, abandonando las rígidas nociones de compromiso y neutralidad, realismo y esteticismo, que con frecuencia nublan el debate. La imagen de la Guerra Fría cultural como una alternativa entre la “paz” de Moscú y la “libertad” de Washington es un mito. Lo que fue y sigue siendo una realidad es la función de las ideas democráticas en la ampliación de los derechos ciudadanos bajo regímenes cerrados o abiertos. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).

## ENSAYO

### Un vistazo de águila a contrapicado



**Tanya Huntington**  
**MARTÍN LUIS GUZMÁN:**  
**ENTRE EL ÁGUILA Y LA**  
**SERPIENTE**  
 Ciudad de México,  
 Tusquets, 2015,  
 238 pp.

#### HÉCTOR PEREA

Hay autores difíciles de abarcar en su totalidad, quizá por la amplitud o brevedad de sus vidas o de sus obras. O probablemente por la complejidad de la época en que les tocó vivir. El problema se agrava cuando para intentar explicar la existencia y la producción se siguen algunos vicios habituales, como buscar fusionarlas a como dé lugar. O bien si se persigue obstinadamente la clasificación de lo inclasificable, estrategia que concluye muchas veces en la pérdida de la esencia literaria. Aunque también podría suceder que, al contrario, la mirada crítica se inclinara por distanciar de manera radical las vidas pública y privada de la creación. Y ni qué decir cuando todo lo anterior se aplica, de una forma u otra, a una manera tan personal de escritura como la de Martín Luis Guzmán, tantas veces desenvuelta dentro del universo de la ficción y casi nunca alejada de la realidad histórica contemporánea.

Martín Luis Guzmán fue un escritor de pocas obras. Algunas grandes en verdad. Ubicado al centro de nuestra historia literaria y habitante de sus periferias más recónditas, como narrador manifestó un estilo original, fino y contundente. En su papel de periodista y editor mostró con frecuencia

virtudes mientras ocultaba ambiciones. Como político fue también cauto, hasta indescifrable en sus enigmáticas iniciativas y metas.

Guzmán hizo realidad la fantasía de muchos autores: enmascarar sus acciones y ficciones sin que eso significara desaparecer en absoluto de la escena. Con una astucia maquiavélica, aplicada a todos los pliegues de su vida y a sus diversas actividades, Guzmán consiguió que su presencia física e intelectual fuera tan exactamente oscura como bruñida y efectiva suele ser una *eminentia gris*, según la expresión francesa. Cosa que Guzmán también fue desde luego. Tanto en México como en España.

La escritora y académica Tanya Huntington publicó recientemente *Martín Luis Guzmán: entre el águila y la serpiente*, volumen donde busca un acercamiento de cierta manera distinto, aunque también complementario, del conseguido en los ambiciosos y propositivos trabajos de Susana Quintanilla, Alan Knight o Marta Portal, a quienes Huntington da crédito en su libro, al lado de muchos otros especialistas (a uno de estos últimos, por cierto, la autora fustiga con absoluta libertad, hecho casi inusitado dentro de nuestro panorama crítico). En lo formal, el acercamiento de Huntington a la vida, imagen y obra del autor de *La querrela de México* tiene mucho de lo que el propio Guzmán procuró hacer en su momento: ejercer la crítica abiertamente, con acidez y valentía, con la soltura propia de la crónica periodística y sin escatimar el humor.

La autora sustenta su trabajo en una amplia revisión del estado que guarda la crítica sobre la vida y obra de Guzmán y el estudio del devenir político en México. A partir de este examen, Huntington

advierte las limitaciones de dicho ejercicio, sin guardar algunas radicales interpretaciones. A diferencia de analistas precedentes, por ejemplo, nuestra autora no duda en considerar a Guzmán un miembro por derecho propio del Ateneo de la Juventud. Haber arrastrado el fracaso como una característica fundamental de su trayectoria pública le impediría, sin embargo, llegar a ser un líder cultural de la manera en que sí lo fueron José Vasconcelos y otros contemporáneos suyos. Esta injusta marginación de la historia oficial queda bien ejemplificada en la aventura que llevó a Huntington a descubrir la tumba de Guzmán, absolutamente olvidada, en un rincón del Panteón Español, y no, como se habría supuesto, en la Rotonda de las Personas Ilustres. La autora destaca las participaciones fallidas de Guzmán en la política mexicana e hispana y su hoy famosa propuesta para independizar las Academias de la Lengua americanas de la Real española. Experiencia que, de hecho, sentaría las bases del modo en que operan esas academias en la actualidad.

La idea medular del libro es revalorar ese objeto *raro* que fue en su momento *El águila y la serpiente*, opacado siempre por *La sombra del caudillo*, considerada en México y el extranjero una obra maestra de la novelística de la Revolución y de la literatura en lengua española. En opinión de Huntington, *El águila y la serpiente* sigue desconcertando todavía a la crítica, entre otras cosas por su estructura literaria y por la actitud del personaje central, crítico severo del criollismo al que perteneció Guzmán. Este volumen de prosas, que pocos se han aventurado a llamar novela, es otro clásico moderno de nuestra lengua,

asegura la autora. Lo es tanto por la calidad de su escritura como por la perfección de sus escenas, pero sobre todo por la novedad e ingenio de su forma narrativa. En este libro, dice Huntington, Guzmán tuvo el arrojo de romper con muchos vicios y tabúes dominantes dentro del panorama literario de habla hispana. Para José Emilio Pacheco, fue una suerte de *new journalism avant la lettre* de su tiempo. Es decir, una propuesta narrativa híbrida, enfrentada como ninguna otra a los géneros puros y, por lo mismo, digna de la condena oficial y la exclusión del canon.

De seguro esta recuperación inteligente del volumen que significó la entrada de Guzmán al mundo de las letras y de las grandes ventas, de la que solo lamento cierto descuido editorial, hará bastante ruido dentro y fuera del ámbito académico. Ojalá que sea así. —

**HÉCTOR PEREA** es narrador, ensayista y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Su libro más reciente es *La música delgada* (UNAM, 2015).



## NOVELA

### Borrachas en la nieve



**Amélie Nothomb**  
**PÉTRONILLE**  
Traducción de Sergi Pàmies  
Barcelona, Anagrama,  
2016, 160 pp.

### ALOMA RODRÍGUEZ

Se podría pensar que Amélie Nothomb (Etterbeek, 1966) lo había contado casi todo en sus libros: grafómana, extravagante declarada y activista de su rareza, la escritora belga afincada en París dedica

a su oficio cuatro horas al día, de madrugada. “Solo dejé de escribir un domingo por la mañana. Fue el peor día de mi vida”, declaró en una entrevista con Álex Vicente en *El País Semanal* parafraseando, quizás, al futbolista George Best cuando dijo: “En 1969 dejé las mujeres y la bebida. Fueron los peores minutos de mi vida.” De esa compulsión resultan tres o cuatro libros al año, elige el mejor —se asegura de que el resto no vaya a ser publicado jamás— y lo envía a su editorial de siempre, Albin Michel. Nothomb cuenta con un despacho en la sede de la editorial en el que se dedica a leer las cartas que le envían sus lectores. Además de en numerosas entrevistas, lo contaba en *Una forma de vida*, una de las mejores novelas de la escritora, que tiene mucho que ver con la que acaba de publicarse en España: *Pétronille*. La más reciente entrega de lo que podría considerarse la serie de la escritora Amélie Nothomb como personaje de Amélie Nothomb descubre algunas de las cosas que aún no se sabían de ella: por ejemplo, le gusta beber. Y retoma algunas otras de las que había hablado en otras ocasiones: la relación que mantiene con sus lectores.

La novela se abre con una exagerada borrachera ensayada y preparada a conciencia (“recurrí a la técnica más antigua del mundo: ayuné”) y el relato encierra reflexiones sobre el placer de la embriaguez: “Que la primera borrachera suela ser tantas veces milagrosa se debe únicamente a la famosa suerte del principiante: por definición, no volverá a repetirse”; “beber intentando evitar la embriaguez resulta tan deshonoroso como escuchar música sacra protegiéndose contra el sentimiento de lo sublime”. “Las treinta y seis horas de ayuno” que preceden a la ingesta

de una botella de Veuve Clicquot producen el efecto deseado: “Con valentía, seguí bebiendo y, a medida que vaciaba la botella, sentía que la experiencia modificaba su naturaleza: el estado que estaba alcanzando no merecía tanto el nombre de embriaguez como el de lo que, con la pompa científica característica de nuestro tiempo, denominamos ‘estado alterado de la conciencia’.” Las consecuencias del experimento no dejan lugar a dudas: “Titubeé hasta la cama y me desplomé.” La narradora, Amélie Nothomb, decide tras recuperarse del desmayo que necesita un compañero de borrachera, y es entonces cuando aparece Pétronille. Acude a una firma de la escritora belga, aunque ya se habían cruzado algunas cartas, y Nothomb confiesa que no se la esperaba así, “pensé que me hallaba ante una persona en fase de envejecimiento”. Pétronille tiene veintidós años, a pesar de su aspecto de muchacho, y es una estudiante de literatura isabelina: “Escribo una tesina sobre un contemporáneo de Shakespeare”, le dice a la escritora. Esta primera fase de su amistad se ve interrumpida cuando, tras su primera noche de borrachera, Pétronille decide “ponerse a orinar allí mismo, entre dos coches aparcados”. Nothomb no vuelve a saber de Pétronille hasta cuatro años después, en 2001 (en la traducción se ha colado una errata y aparece 2011), cuando la belga descubre entre las novedades literarias de una librería la novela *Vinagre de miel*, de Pétronille Fanto –trasunto de la escritora Stéphanie Hochet–. Ahora, con las dos escritoras, la relación se reaviva: comparten alcohol, casi exclusivamente champán, y, a pesar de todo lo que las aleja (origen socioeconómico, intereses literarios, temas, ideología), se entienden y su amistad crece conforme más evidentes

se hacen sus diferencias. Hacia el final de la novela, Nothomb descubre qué es lo que comparten por encima de todo, incluso por encima de la pasión por el champán: “Esa ebriedad que a falta de mejor nombre llamamos atracción por el riesgo, que no se corresponde con ninguna pulsión biológica ni con ningún análisis racional.”

La novela se lee a ratos como un *thriller*, con la angustia de saber que algo terrible está a punto de suceder; a ratos como una comedia hilarante (por ejemplo, el viaje a Londres que hace Nothomb para entrevistar a una estirada, desagradable e impertinente Vivienne Westwood que obliga a la escritora a acompañar a su perra a hacer sus necesidades, o cuando Pétronille y Amélie van a esquiar, después de más de treinta años sin hacerlo la segunda: “Dos metros más tarde me desplomé. Me levanté inmediatamente y me lancé, para, al cabo de un segundo, volver a caer. Aquel juego se reprodujo quince veces seguidas”). A veces, como una mezcla de las dos cosas, es lo que sucede cuando deciden esquiar borrachas. A ratos es un retrato de la vida literaria parisina y a ratos, una actualización del mito de Pígalión. *Pétronille* tiene algo de todo eso y consigue llevar al lector por cada uno de los géneros con fluidez y provocándole una embriaguez similar a la del champán. Pero también es un retrato no enfático de la amistad femenina, como pretendía serlo la película *Frances Ha*, como son las series *Doll & Em* o *Girls*. La capacidad de autoparodia de Nothomb no tiene nada que envidiar a la de Lena Dunham y la destreza que demuestra para poner a su personaje en situaciones incómodas o violentas como consecuencia de su estafalario comportamiento o de su aparente frialdad recuerda a Larry David y

Dirección de Literatura de la  
Coordinación de Difusión  
Cultural de la UNAM

XXV

EITLO

ENCUENTRO INTERNACIONAL  
DE TRADUCTORES LITERARIOS

Bases en  
[www.literatura.unam.mx](http://www.literatura.unam.mx)

— Novedades —



Colección  
Sólo Cuento

Colección  
Voz Viva  
de México



Colección  
El Estudio



Louis C. K., respectivamente. Hay sitio también para la gran literatura: Flaubert, Shakespeare y sus contemporáneos, Victor Hugo aparecen citados y sus huellas están en la novela. Seguramente Nothomb no sabe que tiene algo así como un tío literario español: Javier Tomeo. *Pétronille* se lee con rapidez y entusiasmo, entre carcajadas y sobresaltos. Es una especie de grandes éxitos de Amélie Nothomb que recoge con brillantez y gracia sus obsesiones y da cuenta de la flexibilidad de su literatura. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** (Zaragoza, 1983) es escritora. Su libro más reciente es *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica, 2016).



## NOVELA

## Malicia, que algo queda



**Héctor Aguilar Camín**  
**TODA LA VIDA**  
Ciudad de México,  
Literatura Random  
House, 2016, 136 pp.

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**

Héctor Aguilar Camín (Chetumal, 1946) conjuga literariamente la historia, el periodismo y la política en su undécima novela, *Toda la vida*, una historia de amor romántico que apela a la nostalgia como su principal recurso narrativo. Todo ocurrió ayer: la mujer perfecta (aunque desquiciada), la adrenalina periodística, el México donde todavía los criminales estaban subordinados a los policías. No dice Aguilar Camín: todo pasado fue mejor, porque sabe que el pasado estuvo tan manchado como lo está el presente. Dice:

antes era mejor, lo cual no quiere decir que se tratara de algo bueno, sino simplemente que era mejor que lo que ofrece el ahora. Antes, al menos, estaba ella.

En el centro de la novela se encuentra Liliana, la mujer-diosa, y su cantor. El protagonista vive: trabaja en un periódico, investiga, con los recursos del historiador, una matanza, escribe libros, pero la aparente línea recta de su vida es en realidad una espiral, las trayectorias de un satélite que gira alrededor de un planeta que le da sentido. Ese planeta es Liliana, por quien pelean los hombres, a quien tener es un trofeo, pero también una maldición. No hay nadie que salga indemne de sus relaciones con ella: alcohólica, jueguista, amante, lleva a sus hombres al límite y después los abandona. El aparente propósito de la novela es recobrarla. Recordarla para recobrarla. Ella nunca pudo ser enteramente de Serrano, el protagonista y álgter ego del autor. Él nunca se atrevió a pedirle que se quedara a su lado. “Si hubieras tenido güevos —le dice Liliana—, serías mi dios.” La frase, que en un principio solo parece cursi, termina con una pedantería: “serías mi dios. El dios que andamos buscando y que no existe”.

Héctor Aguilar Camín ve al mundo con malicia. Nunca está en la luna, ha escrito Hugo Hiriart, que destaca de él su “falta de ingenuidad, astucia manifiesta y perpetuo estado de alerta” (*Revista de la Universidad*, agosto de 2010). Esa suspicacia permanente es perfecta para el periodismo de opinión que practica cotidianamente en *Milenio*. En los ochenta, Aguilar Camín participó activamente en la puesta en marcha del *Unomásuno* y *La Jornada*, diarios emblemáticos y combativos de la época. Esa atmósfera es la que recrea *Toda la vida*, cuyo personaje

central, por cierto, el autor ya había ensayado con fortuna en el Carlos García Vigil de *La guerra de Galio*: una figura construida a medio camino entre las agitaciones periodísticas y las exigencias del novelista.

El que Serrano se dedique al periodismo no tiene nada de azaroso. De hecho, con malicia, Aguilar Camín cuenta los amores desorbitados de Liliana para narrar otra historia, la que verdaderamente le interesa. Sus aventuras sentimentales son apenas la fachada que oculta la crónica de un asesinato. Una mujer le pide a un hombre que mate a quien ha deshonrado a su hermana menor. Esa es la historia que, en realidad, quería contar Aguilar Camín. Serrano la ha escuchado numerosas veces de labios de Liliana, siempre de forma distinta. Pese a las variaciones, “tiendo a creer que la historia es verdadera [...] Siempre sé que la escena contiene una novela”. Para narrar esa historia se escribió *Toda la vida*.

Cuenta de sí mismo el protagonista: “soy un escritor, no hay inocencia en mis frases [...] no basta con leer lo que escribo, hay que sospechar”. Sospechar, por ejemplo, de la investigación que el historiador Serrano está llevando a cabo sobre la matanza de Huitzilac, donde asesinaron al general también apellidado Serrano y a trece personas más. La matanza —que, por otro lado, aparece en *La sombra del caudillo*— fue dictada desde el poder para garantizar la gobernabilidad callista. En *Toda la vida* las pesquisas de Serrano en torno al asesinato que mandó ejecutar Liliana para vengar a su hermana Dorotea lo conducen a un viejo policía que habla de otras muertes, de otros asesinatos dictados desde el poder: los asesinatos de un escuadrón de policías que, a pedido de las víctimas, ejecutaban al victimario

por una módica suma. Ejecutaban “cuando se trataba de lacras, de violadores reincidentes, de multihomicidas”. “No maté a ningún cabrón que no lo mereciera”, dice el viejo agente, sin vanagloriarse pero sin culpa: “es la única policía que ha habido en este país”. Esa “higiene social”, esos elementos histórico-periodísticos, ese arco de violencia que va de la matanza de Huitzilac a una “escuadra de ejecutores” en los setenta, esos asesinatos que mantienen el orden, finalmente son los que estorban al vuelo literario de la novela. Para ser perfecta, una novela breve debe aligerar el equipaje, soltar el lastre de las historias secundarias (aunque relevantes en un sentido periodístico) y concentrarse en la historia central, una novela de amor, de deseo y de desamor. En vez de eso, por esa tendencia inevitable a maliciarlo todo, lo que tenemos es un libro sobre la higiene social de la década de los setenta.

*Toda la vida* es una novela de amor, la novela de una pasión y la historia de una debilidad. La historia de amor es tópica: el escritor enamorado de una mujer bellísima y medio perturbada que produce en los hombres *el efecto Hobbes*: “la vida amorosa vuelve a ser precaria y violenta, como quiere Hobbes, pero también intensa, llena de riesgo y brillo”. Serrano posee a Liliana, y después la pierde, la busca, la encuentra. Finalmente —como para darle la razón a Woody Allen acerca de que el corazón es un músculo flexible— Serrano termina poniendo sus ojos en Dorotea, la hermana menor.

La pasión a la que alude esta novela es el periodismo. La búsqueda por iluminar aquello que se encuentra en la sombra. Detrás de la historia de amor de Liliana se halla el mal. En las novelas de Aguilar Camín, dice también Hiriart, “se percibe una maldad acechante,

escondida, difusa, imposible de localizar con precisión, una perversidad y una vileza política, social, pero secreta”. Como dije esta es igualmente la historia de una debilidad. La que hace pensar a su protagonista que la sociedad tiene resortes secretos que le permiten funcionar. Engranajes perversos que no son evidentes. Esta debilidad, que puede ser confundida con la fuerza de voluntad, lleva a Serrano a bajar todo el tiempo la vista y observar los gusanos y los insectos que pululan debajo del suelo, como en la famosa primera escena de *Terciopelo azul*. Pero husmear en los sótanos y subsuelos del poder no es lo mismo que mirar los abismos de lo humano.

*Toda la vida*, una buena novela menor. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*.



VISITA  
NUESTRO  
CANAL  
DE **INSTAGRAM**  
[instagram.com/letraslibres](https://www.instagram.com/letraslibres)